

*Y aún no soporto el mito de
el dorado.*

*Y siguen sin gustarme los
uno a uno.*

*Y siguen sin gustarme
los Rocafelas.*

Y sigo llamando al cerdo cerdo.

*Y una fiesta, a mi parecer,
sólo pasa de vez en cuando.*

*En realidad estoy bastante contenta
de estar ligeramente trasnochada.*

En los años siguientes, mi «hogar» se convirtió en muchos sitios. Viajé mucho y conocí a algunas personas verdaderamente hermosas, tan hermosas que recuperaba la fe en la humanidad cada vez que pasaba por su estación. Como muchos de nosotros en aquel tiempo, yo era nueva en eso, aprendía sobre la lucha clandestina a medida que la iba viviendo. Al principio no tenía una idea muy concreta de lo que debería ser la lucha armada en américa. Había leído mucho sobre la lucha en otros países, pero no sabía claramente cómo aplicar las lecciones de esas luchas a la lucha de la gente Negra dentro de Estados Unidos.

Era evidente que el Ejército de Liberación Negro no era un grupo centralizado y organizado, con un liderazgo y una cadena de mando unificado. En realidad, había varias organizaciones y colectivos que trabajaban en distintas ciudades y en algunas de las más grandes a menudo había varios grupos que operaban de forma independiente. Muchos de los miembros de los distintos grupos se habían visto forzados a la clandestinidad como consecuencia de la violencia policial extrema que tuvo lugar a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. Algunos estaban acusados de delitos graves, otros de delitos menores y a otros, como a mí, se nos buscaba para «interrogarnos».

Hermanas y hermanos se unían a estos grupos porque estaban comprometidos con la lucha revolucionaria en general y con la lucha armada en particular y querían contribuir a construir el movimiento armado en américa. Era una sensación extraña. Gente con la que coincidía en actos políticos estaba ahora escondida, mandando mensajes de que quería contactar. Hermanos y hermanas casi de cada grupo revolucionario o militante del país estaban

o pudriéndose en la cárcel o en la clandestinidad forzada. Toda la gente con la que hablaba quería llevar la lucha a un nivel superior. Pero la cuestión era cómo. Cómo unir a todas esas personas esparcidas por todo el país en un cuerpo organizado que fuera eficaz en su lucha por la liberación Negra.

Resultó evidente, casi desde el comienzo, que la consolidación no era una buena idea. Había demasiados problemas de seguridad y demasiados grupos con ideologías diferentes, distintos niveles de conciencia política y de conceptos diversos sobre cómo debería librarse la lucha armada en América.

En conjunto, éramos débiles, inexpertos, estábamos desorganizados y carecíamos casi totalmente de entrenamiento. Pero el mayor problema tenía que ver con el desarrollo político. Había hermanas y hermanos que habían sufrido tanta discriminación en América que estaban decididos a luchar hasta la muerte contra sus opresores. Eran inteligentes, valientes, comprometidos y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio. Pero pronto descubrimos que la valentía y la entrega no eran suficientes. Para ganar una lucha de liberación, tienes que saber cómo además de desearlo, tienes que tener una ideología y una estrategia generales que surgen de un análisis científico de la historia y de las condiciones presentes.

Algunos de los grupos pensaban que se podía coger las armas sin más y luchar, y que de algún modo la gente vería así lo que estaban haciendo y se pondría a luchar también. Querían entrar en una lucha a muerte contra la estructura de poder de América, aunque eran débiles y no estaban preparados para tal enfrentamiento. Pero el factor más importante es que la lucha armada, por sí misma, va a traer consigo una revolución. La guerra revolucionaria es una guerra del pueblo y ninguna guerra del pueblo puede ganarse sin el apoyo de las masas. La lucha armada nunca tiene éxito en solitario, debe formar parte de una estrategia integral para la victoria y ésta tiene que ser política además de militar.

Puesto que no poseíamos periódicos ni cadenas de televisión, la prensa tenía fácil mostrarnos como monstruos y terroristas. La policía podía aterrorizar a la comunidad Negra todos los días, pero si una persona Negra se defendía con éxito contra un ataque policial, se le llamaba terrorista. Pronto se me hizo evidente que

nuestra batalla más importante era contribuir a la movilización política, educando y organizando a las masas de gente Negra y ganándolos para la causa. Era inconcebible pensar que pudiéramos sobrevivir y mucho menos ganar nada sin su apoyo.

Cualquier grupo que luche por la libertad está condenado a cometer errores, pero si no estudias las leyes básicas y fundamentales de la lucha armada revolucionaria, estás avocado a cometer errores innecesarios. La guerra revolucionaria es larga. Es imposible que ganemos rápidamente. Para ganar tenemos que desgastar a quienes nos oprimen poco a poco y, al mismo tiempo, fortalecer nuestras fuerzas despacio pero de manera firme. Comprendía la impaciencia de algunas hermanas y hermanos. Sabía que era muy tentador sustituir la lucha política por la militar, especialmente teniendo en cuenta que todas nuestras organizaciones legales estaban sujetas al ataque despiadado del FBI, la CIA y los otros cuerpos policiales. Todos los que veíamos cómo asesinaban a nuestros líderes, cómo disparaban contra nuestra gente a sangre fría, sentíamos la necesidad, el deseo de devolver el golpe. Una de las lecciones más duras que tuvimos que aprender es que la lucha revolucionaria no es emocional sino científica. Con esto no estoy diciendo que no podamos sentir nada, sino que las decisiones no pueden estar basadas en el amor o en la rabia. Tienen que fundamentarse en las condiciones objetivas y en lo que debe ser respuesta racional y lógica en cada momento.

En 1857 la corte suprema de justicia de EE.UU. dictó que los Negros eran solamente tres quintas partes de una persona humana y no tenían ningún derecho que los blancos debieran respetar. Hoy, más de ciento veinticinco años después, todavía ganamos menos de tres quintas partes de lo que ganan los blancos. Me parecía evidente que no podíamos apelar a los tribunales para que nos concedieran la libertad y la justicia, de igual forma que no podíamos esperar obtener nuestra liberación por medio de la participación en el sistema político de los EE.UU. y me parecía una fantasía total pensar que podíamos obtenerlas mendigando. La única alternativa que nos quedaba era luchar por ellas, íbamos a tener que luchar como cualquier pueblo que haya combatido por su liberación.

Yo no era de las que creían que teníamos que esperar a que nuestra lucha política llegara a su punto álgido antes de comenzar a organizar la clandestinidad. Me parecía que era importante comenzar a construir estructuras clandestinas lo más pronto posible. Y aunque creía que la tarea principal de la estructura clandestina debería ser la organización y la construcción, no me parecía que debieran descartarse actos de resistencia armada. Siempre y cuando no entorpecieran nuestros planes a largo plazo, unidades guerrilleras deberían ser capaces de llevar a cabo acciones armadas bien planificadas y bien sincronizadas con los objetivos políticos de la estructura legal. No se trataba de llevar a cabo una acción cualquiera sino acciones que la gente Negra entendiera claramente y apoyara y acciones que tuvieran repercusión en la comunidad Negra.

Tras ser declarada inocente en el juicio por el atraco al banco de Queens en el Tribunal Federal de Brooklyn el 16 de enero de 1976, me llevaron de vuelta a Nueva Jersey y me dejaron en el sótano de la cárcel del condado de middlesex para hombres, en una celda de aislamiento, y me retuvieron allí durante más de un año hasta que terminó el juicio de Nueva Jersey. Lennox Hinds, que por entonces era presidente del Congreso Nacional de Abogados Negros, junto con los otros miembros del equipo de la defensa, presentó una demanda civil contra el estado, alegando que mis condiciones de reclusión eran crueles e inhumanos. Después de una larga e interminable batalla legal, ambas partes llegaron al acuerdo de que un consejero auditor llevara a cabo una investigación sobre las condiciones en las que vivía en la cárcel y que emitiera un fallo. El consejero auditor era un hombre llamado Ploshnik, nombrado por el estado. No tuvimos voz sobre a quién se nombraba y, por lo tanto, esperábamos que la decisión fuera favorable al estado. Pero sorprendió a todo el mundo y dictaminó que las condiciones en que estaba recluida eran efectivamente inhumanas y recomendó que fueran cambiadas con efecto inmediato. Sin embargo, por medio de una serie de apelaciones y triquiñuelas legales, el estado consiguió mantenerme confinada en aquel sótano. Cuando al gobierno le parece conveniente obedecer sus propias leyes y procedimientos administrativos, las obedece. Y cuando le parece que esas mismas leyes no convienen a sus propósitos, se limita a ignorarlas.

Yo decidí que quería que trabajaran juntos en el caso Evelyn y Stanley Cohen. Eso resultó ser un error, pues no es que se quisieran mucho exactamente. Ninguno de los dos estaba colegiado en